

batido ya por la causa de Roma; pero sus desgracias lo hacían circunspecto.

A fin de decidir y reunir á los dos reyes contra Cartago, no temió Escipión en pasar él mismo al África. En la corte del rey bárbaro encontró á Asdrúbal, que había ido con el mismo objeto, y á quien venció otra vez en esta negociación con su habilidad y elocuencia. A su vuelta, se dió prisa en acabar la guerra de España, tomó todas las plazas enemigas que quedaban, y Gades, abandonada por Magón, á quien enviaba Cartago á Liguria á renovar la tentativa de Asdrúbal, abrió también sus puertas.

En este momento se pone un hecho que no tiene ninguna importancia para la guerra, pero que la tiene considerable para la historia de Roma: una sedición militar. Ya vimos como Régulo tuvo que amenazar con las varas á un tribuno, que después de Ecnome, se negaba á seguirlo al África. En 253 fué preciso también por causa de indisciplina, degradar á 400 caballeros, y poco antes en Regio hubo de insurreccionarse una legión. Esta vez, parte del ejército de España, los ocho mil hombres acantonados en Sucrona para contener el país entre el Ebro y los Pirineos fueron los que, á la falsa noticia de la muerte de Escipión, se rebelaron, expulsando del campamento á sus tribunos y dando las fascas á simples soldados: creyeron que iba á caer España en la confusión y se prometían buen pillaje. Un retardo en el pago de sus haberes había servido de pretexto; pero Escipión vivía, y la sola noticia de su restablecimiento detenía las insurrecciones con que contaban los rebeldes. Escipión envió al campamento de Sucrona siete tribunos que no llevaron palabras de cólera. Acaso, decían á los rebeldes, acaso no hayan sido bien recompensados sus servicios, y es lo cierto que se les debe dinero. El general lo hace recoger entre los aliados: el tesoro del ejército recibe ya en Cartagena el producto de los tributos. Que pasen á esta ciudad y se les pagará debidamente.

Van en efecto, confiados en su número y sin temor de ninguna medida severa por el rumor que corre de que el resto de las tropas ha de partir con el legado Silano á una expedición contra los laetanos. A su llegada, el ejército de Cartagena sale, en efecto, de la plaza, pero se detiene á las puertas, y mientras los rebeldes convocados sin armas el día siguiente en la plaza pública, encuentran allí á Escipión sentado en su tribunal, entra otra vez en la plaza, cierra todas las salidas y envuelve silenciosamente el foro. Escipión habla extensamente, á fin de dar á las tropas fieles el tiempo de operar su movimiento: al principio reprende más bien como un amigo, que como un general; después la amargura del jefe, cuya confianza se ha engañado, la severidad del proconsul y la indignación del patricio, que ha visto profanar las fascas, los auspicios, la majestad del mando, los sagrados derechos de la patria, todos estos afectos se hacen lugar. «Sangre es menester para borrar tantas maldades.»

A estas palabras responde un gran ruido de armas, el choque de las espadas y de los escudos en las filas de los soldados de Silano, y el heraldo anuncia que el consejo condena á treinta y cinco de los culpables. Atraídos individualmente la víspera á casa de sus huéspedes que los habían embriagado, fueron presos sin resistencia ni ruido. Se les arrastra desnudos al recinto y se les ata á un poste, donde sufren las varas y el hacha.

Después, levantados los cadáveres y purificada la plaza por los sacerdotes, vienen uno por uno los demás soldados á renovar su juramento ante los tribunos militares, y á recibir la paga que se les debe. Ni un grito ni un murmullo se había levantado de en medio de aquellas temblorosas cohortes.

La sedición se había sofocado; pero este desorden revela el cambio que se opera en las costumbres militares, y la continuidad de las guerras va acelerar esta transformación del soldado ciudadano que defendía la patria, en soldado mercenario que la venderá.

Escipión estaba libre entonces para ir á Roma á recibir más bien que á pretender el consulado (206); pero antes de dejar á España fundó para sus veteranos, en medio de la Bética, la colonia de Itálica, de donde salieron los dos más grandes emperadores de Roma, Trajano y Adriano.

Quiso también impresionar otra vez más los ánimos con el esplendor de una fiesta fúnebre en honor de su padre y de su tío. Había anunciado que daría en Cartagena combates de gladiadores. No se vieron figurar en estos juegos atletas de condición servil, ni de esos mercenarios que venden su sangre; todos fueron combatientes voluntarios y no pagados: unos enviados por los príncipes del país para dar



Gran disco de plata, llamado el escudo de Escipión (1)

una muestra del valor natural de su nación; otros que habían querido bajar á la arena sólo por granjearse la estimación del general; otros en fin por el gusto de mantener un reto. Algunos, trabados de palabras y enardecidos en la disputa, convinieron en que la victoria decidiría y remitieron á la espada la cuestión.

Y no eran hombres oscuros, sino ilustres y nobles personajes, entre otros Corbis y Orsua, primos hermanos que se disputaban el principado de una ciudad llamada Ibses, y resolvieron ventilar su derecho con las armas. Corbis era el de más edad, pero Orsua era hijo del último rey. Escipión hubiera querido reconciliarlos; pero ellos contestaron que no querían más juez que el dios Marte. Corbis estaba orgulloso de su fuerza; Orsua de su juventud; y el uno y el otro, los dos preferían morir combatiendo que someterse á la au-

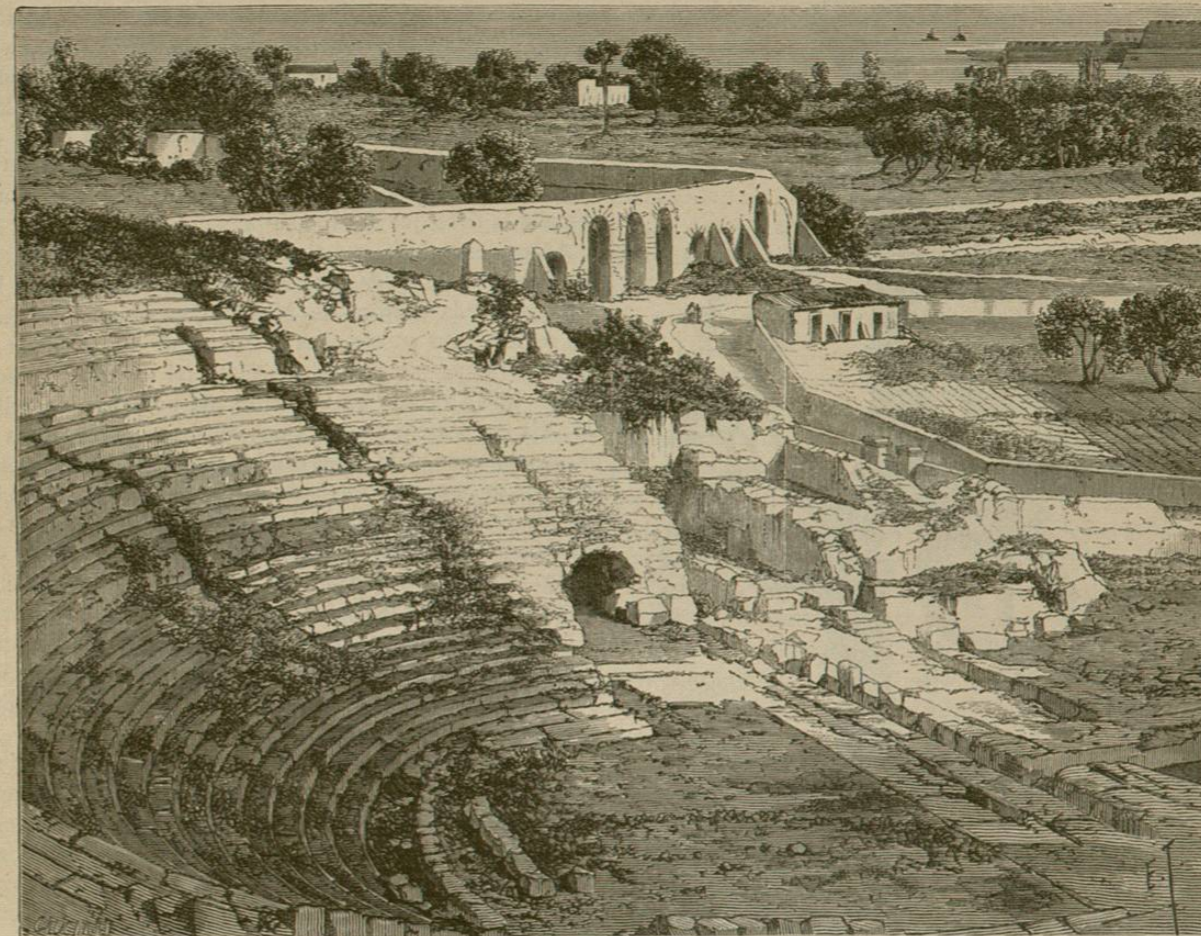
(1) Este disco de plata, uno de los joyeles del gabinete de Francia, no pesa menos de 10 k., 300, y fué mucho tiempo famoso con la denominación de escudo de Escipión. No representa á este general devolviendo al español Alucio su prometida; el asunto, tomado de la Iliada, es la restitución de Briseida á Aquiles, hecha por Agamenón, que, colocado en medio de los tres pórticos, con el cetro del rey de los reyes en la mano, domina toda la escena. Ulises arenga al hijo de Peleo. Nestor, apoyado en su báculo, y Diomedes escuchan al rey de Itaca. Sobre una mesa se ven los presentes ofrecidos al héroe por Agamenón, y algunas armas á los pies de Aquiles. Núm. 2875 del catál. de Chabouillet.

toridad de un rival. El de más edad triunfó fácilmente con su destreza de la fogosa inexperiencia del más joven.

II. - CONSULADO DE ESCIPIÓN (205) BATALLA DE ZAMA (202)

Después de la batalla del Metauro, estaba terminada en Italia la segunda guerra púnica. Aníbal había contado con Siracusa y se tomó; con Filipo, y fué batido; con los galos,

y permanecieron indiferentes; con España, y estaba conquistada; con Asdrúbal, y acababa de sucumbir. Sus aliados de Italia le faltaban también, porque se disipaba el prestigio de su gloria, y al mismo tiempo crecían diariamente sus exigencias. El Brucio, tan pobre de suyo, se extenuaba más y más para mantener á sus mercenarios, y en todas partes, como en Locres, se meditaban defecciones. Véase rodeado de enemigos y creía poder tenerlos en respeto con la crueldad. La sangre africana se revelaba en esto. En Arpi, hizo



Ruinas de Siracusa

perecer en las llamas á la mujer y á los hijos de un jefe que había vuelto á los romanos; en Herdonea, en Terina, en Nuceria, había expulsado á sus habitantes y pegado fuego á la ciudad. Y lo mismo hizo en todas las plazas que no podía conservar. Inmóvil en su campamento, no se reconocía á Aníbal sino en la prudencia y en los temores que inspiraba aún á los cónsules, en la disciplina que sabía mantener, á pesar de sus reverses, en un ejército que no tenía más lazo ni interés que el incentivo del lucro.

Cartago también estaba amenazada. Los romanos le habían cerrado unos tras otros todos los países donde reclutaba tropas: la Galia, cuyas costas guardaba Marsella; España y Sicilia de donde fueron expulsados sus ejércitos; la Numidia, cuya alianza había negociado y obtenido Escipión. Todas las primaveras la flota romana de Lilibea insultaba al África. En 207, fué devastado el territorio de Utica y destruída una flota cartaginesa. En fin, Escipión había vuelto contra Cartago á los dos reyes de Numidia. El tiempo de las verdaderas represalias de Canas había llegado ya, y Escipión lo decía en alta voz: «Es preciso ir á África. Aníbal, arrinconado en el Brucio, protegido por montañas abruptas é impracticables bosques, hará allí una resistencia cuyo

término no puede preverse. Un ataque á la misma Cartago, le daría un pretexto decoroso, que tal vez espera, para retirarse de Italia. «Pero Fabio quería que su sistema se llevara el honor de la última victoria y se envió á Sicilia al joven cónsul sin flota ni ejército.»

A las veces ve y comprende el pueblo allí donde los sabios no comprenden ni ven nada: con ese admirable instinto que no es más que el buen sentido aplicado á las cosas sencillas y grandes, había adivinado al vencedor de Aníbal y aplaudía sus designios. Lo que el senado rehusaba, los aliados lo dieron. La Etruria, antes sospechosa (1), ofreció toda una flota y una inmensa cantidad de armas, de hierro, de aparejos y provisiones; la Umbría, la Sabinia, los marsos, los pelignios, los marrucinos prometieron soldados; y se dió el singular espectáculo de una flota y un ejército espontáneamente suministrados por los súbditos de Roma, cuando la misma Roma no daba á su cónsul ni un barco ni un soldado.

(1) Parece que á la aproximación de Magón hubo aún algunos movimientos en Etruria (Tito Livio, XXX, 3). Tal fué el celo de los aliados, que bastaron 40 días para cortar las maderas y construir los navíos. (Plin., Hist. nat., XVI, 39.)

Esta mala voluntad del senado siguió á Escipión á Sicilia. Habiendo tenido ocasión de tomar á Locres, que estaba por Aníbal, dejó allí por gobernador á Pleminio. La duración de la guerra, como entre nosotros al fin del imperio, había inspirado á los soldados de profesión un gran menosprecio á los habitantes de las ciudades, y la guarnición de Locres y Pleminio se mancharon con mil excesos. Los enemigos de Escipión lo acusaron de connivencia. En Siracusa, decían, rodeado de filósofos y retóricos, se olvidaba



Diana con la cierva (Véase pág. 73)

de Aníbal y del ejército. En un griego calzado de sandalias y vestido de clámide ¿quién podría reconocer á un cónsul romano?

Y se nombró una comisión para examinar su conducta, y se añadieron dos tribunos para prenderlo en nombre del pueblo en el caso de resultar culpable. En Locres sólo se encontró culpable á Pleminio; en Siracusa, mostró Escipión la flota, los almacenes, los inmensos preparativos para la expedición y despidió á sus jueces llenos de admiración y de confianza (1) (205).

Al mismo tiempo hubo de enviar Roma diputados á Delos á hacer una ofrenda á Apolo, y la Pitia, cómplice de la fortuna de Roma, contestó: «Está reservada al pueblo romano una importante victoria.»

Toda la Lilibea acudió el día de la partida (204). A bordo de la nave pretoriana, y dominando su flota y la multitud

(1) Ante los grandes acontecimientos que se preparaban entonces, se olvida el escándalo que daba en Roma la conducta de Livio Salinator durante su censura (Tito Livio, XXIX, 37). Por lo demás, nos parece que los historiadores forzaron singularmente este carácter. Su respuesta á Fabio antes de la batalla del Metauro no es verosímil. (Ibid., XXVIII, 40.)

inmensa que cubría el puerto, ofreció Escipión un solemne sacrificio que terminó en medio de un religioso silencio con esta invocación: «Dioses y diosas de la tierra y de los mares, yo os ruego y conjuro que mi mando sea bienhadado para mí, para el pueblo romano, para los aliados, para mis soldados. Haced que prosperen nuestros proyectos, y que volvamos á nuestros hogares con salud, con fuerza y con la victoria.»

Dicho esto arrojó á la mar las entrañas de la víctima y mandó dar el toque de partida. Muy luego infló sus velas un viento favorable, habiendo perdido de vista la tierra al medio día. Cuatrocientos barcos de transporte llevaban víveres para 45 días, y treinta mil soldados, entre los cuales iban los veteranos de Canas, escoltando cuarenta galeras solamente. En la travesía no encontraron ni un barco cartaginés, y sin embargo, después de Zama, le entregó Cartago quinientos navíos de guerra. ¿Dónde estaban cuando iba allá la flota que llevaba su perdición?

Antes del embarque, había sabido Escipión la defección de Sifax á quien había ganado Asdrúbal dándole á su hija Sofonisbe, y la derrota de Masinisa, expulsado por Sifax del reino de sus padres. Las aventuras de este valiente númida nos muestran á la vieja Africa tal entonces como la vemos hoy. Cercado en una montaña por Bocchar, oficial de Sifax, escápasele de las manos Masinisa; por segunda vez encerrado en un valle, cuyas salidas ocupa el mismo Bocchar, otra vez se le escapa huyendo al través de los precipicios; penetra en las llanuras de Clípea, donde Bocchar sigue sus huellas, y á pesar de su herida Masinisa se abre paso con cuatro jinetes; pero Bocchar lo reconoce, lanza á todos los suyos en su persecución, le corta el camino del desierto y lo empuja hacia un profundo barranco. Los fugitivos se precipitan en él y el torrente arrastra á dos de ellos. Bocchar, que cree haber visto perecer al príncipe, vuelve á pedir á Sifax el precio de la cabeza de Masinisa.

Pero éste, oculto en el seno de una caverna, atiende á sus heridas viviendo del botín que le traen sus dos compañeros; y en cuanto puede montar á caballo, abandona audazmente su escondrijo y aparece de repente entre los masilienses, los subleva y, proclamado rey, ataca á la vez á Cartago y á su rival. Una nueva derrota lo impele otra vez al desierto donde burla como antes la ardiente persecución de Vermina, hijo de Sifax, hasta que al fin, cansado su enemigo, lo abandona. Entonces va á la Pequeña Sirte, donde espera el arribo de los romanos (204).

Escipión había desembarcado en Buen-Promontorio, cuando vio llegar algunos jinetes empolvados. Era Masinisa que con algunos secuaces acababa de atravesar toda el Africa cartaginesa para incorporarse. Escipión había contactado con dos reyes, y ahora el uno estaba en frente y el otro destronado. Pero este fugitivo era el mejor jinete del Africa y tenía justa fama en las dos Numidias por su extraordinaria bravura. Escipión lo acogió honrosamente, contrando con él para hacer muy luego una importante diversión.

Dos combates de caballería, la devastación de los campos y el bloqueo de Utica inauguraron sin gran ruido aquella expedición de Africa, en que no se vio ya, como en tiempo de Régulo, á los aliados de Cartago unirse á los romanos, lo cual indica un cambio en sus sentimientos, proveniente sin duda de un cambio de conducta en el senado cartaginés respecto de ellos. El año siguiente fué más fecundo (203). Asdrúbal y Sifax habían reunido 50,000 hombres. A pretexto de negociaciones, hizo Escipión reconocer sus campamentos formados de junco y de paja. Una noche les pegó fuego, mientras sus legiones envolvían el recinto: tres mil hombres solamente pudieron escaparse.

Un nuevo ejército de treinta mil cartagineses y númidas fué derrotado en la jornada de las Grandes Llanuras. Había llegado la oportunidad de utilizar á Masinisa y Escipión lo encargó con Lelio de perseguir á Sifax, dos veces ya vencido. Los masilienses acudieron á multitudes al rededor de su príncipe, el cual retó á su rival á un combate singular, y la infantería romana no tuvo más que mostrarse para ahuyentar al enemigo, ya quebrantado y abatido por las furiosas cargas de los masilienses. Sifax, Cirta su capital, sus tesoros y Sofonisbe, cayeron en poder de Masinisa. En otro tiempo había amado á esta hija de Asdrúbal, y creyó sustraerla al odio de Roma tomándola por esposa. Pero Escipión recordó que Sofonisbe había desligado á Sifax de su alianza, y exigió enérgicamente que se le entregara; el númida envió, como presente nupcial, á su amada una copa de veneno.

¿Qué hay de verdad en esta novela que Tito Livio inserta en medio de las narraciones de una guerra sin piedad? El númida había querido, por orgullo, poner en el número de sus mujeres á la que Cartago habría podido llamar «la hija de la república,» y una vez en el harem real, no debía salir Sofonisbe sino muerta.

Esta importante expedición aseguraba á Escipión el apoyo de todos los númidas. Aníbal podía volver á Cartago; y aquella caballería á que debía sus victorias, se había vuelto ya contra él. El senado lo había llamado, en efecto, mientras para ganar tiempo y detener á Escipión, dueño ya de Túnez, devolvía algunos prisioneros y enviaba á Roma una embajada. Los cartagineses tenían entonces dos ejércitos en Italia, el de Aníbal y el de Magón: este último encargado en 203 de continuar el proyecto de Asdrúbal, había perdido dos años en las montañas de la Liguria, y luego fué batido en el territorio de los insubres (203). Estaba herido en Génova, cuando recibió la orden de volver á Cartago; y embarcándose con su ejército, murió en la travesía á la altura de Cerdeña.

Cinco años hacía ya que Aníbal no había intentado ninguna de aquellas audaces empresas que tantas veces habían desconcertado á los romanos, dejando que los cónsules contaran como otras tantas victorias el recobro de algunas ciudades oscuras y de poca importancia. Pero ¡ay de quien iba á turbarlo en su retiro! El héroe se revolvía entonces, daba un golpe terrible y volvía á su reposo. Sombrio y triste, sentíase vencido por algo más fuerte que su genio, por las costumbres é instituciones de Roma. De los ejércitos, de los generales hubiera triunfado siempre; pero aquel pueblo tenía algo del poderío del Océano. En vano lo había rechazado ante sí: como el mar que vuelve otra vez y otra vez sube lenta é invenciblemente, así se había levantado aquel pueblo. Faltábale ya espacio, la onda lo rodeaba y subiendo siempre llegaba hasta los muros de Cartago, cuyas puertas azotaba.

Al salir de Italia hizole Aníbal injuriosa y cruel despedida. Alzó en el templo de Juno Lacinia una columna en que grabó en griego y en púnico la relación de sus victorias, que Polibio leyó, y al rededor del santuario hizo degollar á todos los mercenarios que no quisieron seguirlo á Cartago. Refería también la tradición, que había intentado robar la estatua de oro de la diosa, cuyo irritado semblante detuvo la mano sacrilega.

Hacía tiempo que sus barcos estaban listos, y luego se hicieron á la mar hasta la Pequeña Sirte. Escipión había desembarcado en Buen Promontorio, nombre de buen agüero; y el primer monumento que Aníbal divisó en la costa de Africa fué un sepulcro arruinado. Los pueblos y los soldados veían el porvenir en estos presagios (203).

Escipión tenía prisa en acabar esta guerra, porque temía ver llegar un sucesor cada primavera. Nadie había querido su mando en España; se habían creído en otro tiempo descabellados sus proyectos; pero Fabio acababa de morir, y los nuevos cónsules fatigaban al senado y á los tribunos para obtener su provincia de Africa. Con esa equidad que revela el pueblo en las graves circunstancias, las 35 tribus no quisieron otro general en Africa que el que había reconquistado la España romana y arrancado á Aníbal de Italia.

Antes de dar la batalla que iba á decidir los destinos del mundo, Aníbal, en una conferencia con Escipión, pidió la paz. Pero la paz sin una derrota de Aníbal, hubiera sido una paz sin gloria ni duración; el general romano se la negó y se apresuró á combatir para aprovechar los 4,000 jinetes númidas que Masinisa acababa de traerle y prevenir la llegada del refuerzo prometido por Vermina al general cartaginés.

Los dos ejércitos estaban equilibrados en fuerzas de infantería; pero la caballería de Escipión era más numerosa que la de Aníbal. Todo lo que enseñaba el arte de la guerra y de la vieja experiencia fué aplicado por una y otra parte (19 oct. 202). Por parte de Aníbal nada de aquellos arduos en que cayeran tantos cónsules, sino admirables disposiciones. En las alas de su ejército sus peores tropas para ocupar á los númidas y arrastrarlos en su persecución lejos del campo de batalla; en la vanguardia una línea formidable de ochenta elefantes; á retaguardia sus mercenarios galos y ligures para embotar las espadas romanas y romper el orden de las legiones; en el cuerpo de batalla los cartagineses y los africanos para caer sobre los romanos aturdidos ó fatigados por el primer choque; finalmente á un estadio atrás, las antiguas bandas de Italia, sus soldados más leales, mantenidos de reserva para acabar la victoria, ó seguirlo en su retirada y acompañarlo á Cartago, á fin de que no entrara desarmado.

Pero Escipión había dejado entre los manípulos, intervalos donde penetraron los elefantes acribillados de dardos por los velites. Rechazados los mercenarios sobre la segunda línea, introdujeron allí el desorden, mientras Escipión contenía á sus soldados, rectificaba las filas y las lanzaba á este segundo combate con el orden que hubieran tenido al salir de un campamento. Durante este choque formidable, Lelio y Masinisa, en vez de obstinarse en perseguir á los jinetes enemigos, reunieron sus númidas á retaguardia de Aníbal, quedando así á su vez envuelto el general cartaginés.

En este conflicto, huyó del campo de batalla, cubierto ya con veinte mil de los suyos, hasta Hadrumeto, y de allí á Cartago, adonde volvía 36 años después de haber salido con Amílcar su padre. Volvía fugitivo, llevándole de tantas guerras, victorias y conquistas, una paz humillante.

Algunos sin duda hubieran querido de buena gana hacerle sufrir la misma suerte que sufrieron tantos otros generales cartagineses el día siguiente de su derrota. Pero el caudillo que durante tanto tiempo había llamado sobre sí la admiración del mundo, no podía ser tratado como un general oscuro. El pueblo amaba al que había levantado tan alto el nombre de Cartago, y no hubiera permitido que, después de haber negado al héroe los medios de vencer, le pidieran cuenta de su derrota los partidarios de Hannón.

Los veteranos de Canas habían restablecido gloriosamente el honor de los ejércitos romanos. De Zama, volvió Escipión á Túnez, donde destruyó también otro ejército que Vermina conducía en socorro de Aníbal. En su consejo algunos oficiales hablaron de no salir de Africa hasta haber

borrado de la lista de los pueblos el nombre de Cartago. Pero la empresa era difícil y larga; otros se aprovecharían de sus trabajos: ya uno de los cónsules del año 202, Tiberio Claudio Nerón, se preparaba á dar el último golpe al enemigo hereditario. Escipión se resolvió á tratar: acaso también más nobles pensamientos ocupaban aquella grande alma. Desde que Cartago no era ya de temer, venía á ser inútil. Mientras vivieran Aníbal y Cartago, no podía abandonarse Roma á la peligrosa embriaguez de la victoria: necesitaba conservar sus costumbres, su disciplina, su valor enfrente de un peligro que podía renacer un día ú otro. Esta política fué, según Apiano, la de los Escipiones, y la debían sin duda al jefe de su casa.

Escipión ajustó primero un armisticio de tres meses que Cartago pagó entregándole 25,000 libras de plata y comprometiéndose á suministrar, durante toda la tregua, los víveres y haberes necesarios para el ejército romano. En Roma, obligó el pueblo al senado á dejar al vencedor de Zama el honor de terminar esta guerra, y solamente se le enviaron diez comisarios para que le ayudaran con sus consejos. Escipión no pidió la extradición de Aníbal; y fijó las condiciones siguientes: Cartago conservará sus leyes y lo que posee en Africa; entregará los prisioneros, los trásfugas, todos sus navíos, excepto diez, todos sus elefantes sin poder domar otros en adelante, ni reclutar mercenarios; pagará 10,000 talentos de plata en 50 años; entregará cien rehenes de 14 á 30 años; indemnizará á Masinisa y lo recibirá como aliado (1).

En Cartago un senador se atrevió á hablar contra estas condiciones, y Aníbal lo arrancó de la tribuna. Como se murmurara ante esta violencia, contestó el rudo soldado: «He vivido siempre en los campamentos é ignoro vuestras costumbres urbanas.» Después probó la necesidad de someterse. Los embajadores partieron luego para Roma. «Si se nos hubiera querido escuchar á Hannón y á mí, decía uno de ellos, no estaríamos aquí ahora implorando vuestra clemencia, — ¿Por qué dioses juráis este tratado? preguntó un senador — Por los que han castigado tan cruelmente nuestro perjurio, contestó Asdrúbal.»

El senado aceptó las condiciones suscritas por Escipión y ordenó á dos feciales que fueran al Africa con las piedras santas, las verbenas y la hierba sagrada que se cría en el Capitolio. Escipión recibió 4,000 prisioneros, muchos trásfugas, que perecieron bajo el hacha ó en cruz, suplicio inusitado hasta entonces entre los romanos, pero ordinario en Cartago y en Oriente. Se le entregaron 500 barcos, que hizo quemar en alta mar, á vista de Cartago, dando á entender así que Roma no quería para sí aquel poderío marítimo que acababa de destruir. El tributo fué lo último que se le entregó; y viendo el dolor de los cartagineses al separarse de su dinero, Aníbal se echó á reír. «Cuando entregabais los

(1) Polib., XV, 18; Tito Livio, XXX, 36. Cuando trajeron á Roma el primer plazo del tributo, procuraron pagar en moneda falsa, pues sus monedas tenían un cuarto de liga. (Tito Livio, XXXII, 2.)

barcos y las armas, dijo, era la ocasión de llorar; el menor de los males es el que os cuesta más lágrimas.»

Cartago estaba desarmada: para que no pudiera levantarse puso Escipión á su lado un enemigo infatigable, á Masinisa, á quien en presencia de sus tropas dió el título de rey, con los Estados de sus padres, la ciudad fuerte de Cirta y una parte del reino de Sifax; pero el resto le fué devuelto á Vermina, para que la vecindad de este mortal enemigo obligara más y más á Masinisa á ser fiel á su alianza.

Arregladas así las cosas en Africa, volvió Escipión á Libia y desde allí envió su ejército á Roma á bordo de la flota: él fué por tierra atravesando toda la Italia, en medio de un inmenso concurso de pueblos, como para borrar la vergüenza de todos aquellos campos de batalla, presentándose como el vencedor de Aníbal. Su entrada en Roma fué el triunfo más espléndido. Traía al tesoro 123,000 libras de plata, habiendo recibido ya cada soldado de su ejército 400 ases. Sifax seguía el carro triunfal (2) y era el primer rey condenado á esta vergüenza. Pero muy luego Perseo y Jugurta pasaron por esta dolorosa vía, que era triunfal para Roma, y después el Vercingetorix galo, Yuba, y la hija de los Tolemeos, y la reina de Palmira!...

Duilio no había tenido más que una inscripción en una columna rostral; Escipión recibió el glorioso nombre de *Africano* y se ordenó por un plebiscito que se colocara su estatua en el templo de Júpiter con la túnica triunfal y la corona de laurel, y que todos los años en igual día se sacara solemnemente para un nuevo triunfo. A estos honores casi divinos, se quiso añadir el poder, y en el delirio ó embriaguez de su gratitud, todavía hubo de ofrecerle el pueblo el consulado y hasta la dictadura perpetua (3).

Aquel pueblo era injusto para consigo mismo: el verdadero vencedor en aquella formidable lucha, era él. Desde los primeros días lo habían abandonado los dioses, y muy pronto veremos cuán amargo recuerdo guardó de ello. Pero él no se abandonó, y fué para sí mismo su providencia, y se salvó por la prudencia en el consejo, por la disciplina en la acción, por la constancia en el sacrificio; y estas viriles virtudes lo hicieron más grande que Aníbal, más feliz que Escipión.

Sin embargo, la multitud tiene necesidad de personificar la fortuna en un hombre. Para honrar al que había vencido á última hora, olvidaba Roma sus leyes; ofrecía á Escipión lo que dejará tomar á César, síntoma grave de un nuevo estado de los espíritus que presagia grandes revoluciones interiores. Y es que la victoria de Zama no acababa únicamente la segunda guerra púnica; comenzaba también la conquista del mundo.

(2) Según Tito Livio, contradicho por Polibio, que debía estar mejor informado, Sifax había muerto en su prisión antes del triunfo. Polibio lo hace morir en Tibur cinco años después. Los veteranos de Escipión recibieron tierras en Lucania y en Apulia.

(3) Tito Livio, XXXVIII, 56... *perpetuum consulem et dictatorem.*

QUINTO PERIODO

CONQUISTA DEL MUNDO (201-153)

CAPITULO XXVI

ESTADO DEL MUNDO ANTIGUO HACIA EL AÑO 200

I. — ITALIA. — AFRICA. — SIRIA. — EGIPTO

«Y yo también, dice el historiador, yo también me congratulo de haber llegado al fin de la guerra púnica, como si personalmente hubiera tomado parte en sus peligros y fatigas. Pero el porvenir asombra mi espíritu. Soy como un hombre que de los parajes inmediatos á la playa descendiera á pie á la mar; cuanto más avanzo tanto más veo abrirse ante mí vastas profundidades y un abismo sin fondo.» Detrás de Aníbal veía Tito Livio á Filipo, á Antíoco, á Viriato, á los reyes de Ponto y de Numidia y la grande y noble figura del Vercingetorix galo; detrás de la segunda guerra púnica, tan sencilla en su historia, como grande en su concepción y en sus resultados, veía siglo y medio de combates, de intrigas vergonzosas, de reveses y triunfos en los tres continentes, y sentía apartarse de los buenos tiempos de la república para entrar en aquellas guerras sin fin que agotaron su población militar, trocaron á los grandes en opresores, á los pequeños en serviles é hicieron de la libertad una mentira.

Diez y seis años de devastaciones y mortíferas batallas habían empobrecido la península y diezmando su población; pero las heridas de la guerra se cierran pronto en el pueblo victorioso. El año 206, después de la batalla del Metauro, llamó el senado á los labradores al campo, disminuyendo el efectivo de los ejércitos á trueque de dar más brazos á la agricultura: colonias enviadas á la Campania y al Brucio y reparticiones de tierras entre los veteranos de Escipión (1) en la Lucania y la Pulla hubieron de repoblar las soledades hechas por la guerra (2); tierras cedidas también á los acreedores del Estado habían extinguido las deudas de la segunda guerra púnica y dejado libres para nuevas empresas todos los recursos del tesoro (3). Con la paz iba á ver Italia

(1) Dos arpentas por cada año de guerra en España y en Africa. Se ha hablado de otras reparticiones á los veteranos de las guerras de España, de Sicilia y de Cerdeña. (Tito Livio, XXXII, 21.)

(2) Formáronse estas colonias á expensas de los aliados de Aníbal. Los brucios, los lucanos y los picentinos no se emplearon ya sino como sirvientes, correos ó mensajeros (Aulo Gelio, X, 12 y 13; Estrabón, V, 251). El dictador Galba pasó todo el tiempo de su cargo recorriendo la Italia para arreglar la suerte de las ciudades.

(3) Estas tierras quedaron afectas al impuesto de un as en señal y reconocimiento de pertenecer al dominio público y ser redimibles por el tesoro.

renacer su prosperidad y sus ciudades comerciales á heredar el comercio de Cartago. La mar era libre: hasta las columnas de Hércules no había más que pueblos aliados ó súbditos, y las guerras de Iliria y Macedonia habían abierto á los negociantes italianos los mares de la Grecia.

Ningún peligro parecía amenazar el porvenir: la dominación romana había salido más fuerte de la terrible prueba de la segunda guerra púnica, y todos los pueblos convertían ansiosamente los ojos á un poder tan fuerte y temido. «¿Creéis que Cartago ó Roma se contentarán, después de la victoria, con Italia y Sicilia?» decía en medio de la lucha un orador de la Grecia. Sus temores eran legítimos, porque Roma tenía inmensa ambición y medios para satisfacerla. Sus generales formados en la escuela de Aníbal y hechos por él mismo á la gran guerra; sus soldados cuyo valor y disciplina tantas veces hemos elogiado, no tenían rivales en el mundo; ni asamblea ninguna podía competir en habilidad política con el senado romano. Pero lo que más bien que sus soldados y caudillos hacía la fuerza de los romanos era la flaqueza de los demás pueblos.

En cuanto al Africa, no tienen más que dejar hervir el odio celoso de Masinisa y nunca se levantará de Zama Cartago.

En España, muy pronto tendrán que combatir las legiones á sus antiguos aliados; pero esta guerra contra pueblos que deben su fuerza al suelo que los mantiene y protege, no será, durante tres cuartos de siglo, más que una ruda escuela para los soldados, un medio de fortuna para los generales, y para los senadores, un pretexto para mantener el estado militar de la república, disponer de los mandos lucrativos y retener en los ejércitos á los más turbulentos plebeyos. Nunca, por más que se diga de Numancia y de Viriato, será un grave peligro para Roma.

Por lo que hace á la Galia, Roma se acuerda demasiado de los tumultos gálicos para arriesgar su fortuna en aquel bárbaro y tremendo caos. Por esta parte, se mantendrá siglo y medio en una prudente defensiva.

La Germania no está todavía descubierta: son sobrado altos los Alpes para que el senado haya mirado por encima. Quedan los cisalpinos, peligro serio en verdad, aunque los temores de Roma lo exageran, guerra laboriosa é ingrata que gastará cónsules y ejércitos, sin que se encuentren ocasiones de dar golpes decisivos, de ganar brillantes victorias